

costumbres, y dan su carácter á las leyes, y engendran la razon y la conciencia pública, que envolviéndolo todo en su atmósfera, imprime á su vez su carácter, y marca con su sello propio á los miembros que se reproducen, á los renuevos que brotan del tronco del árbol social, á los hijos que nacen en la sociedad. Este exámen de la naturaleza de la sociedad nos hace comprender que el medio más adecuado para su restauracion era el de regenerar sus elementos, inoculando la nueva sávia en las raíces del árbol, para que germinando hermosos renuevos, cambiaran poco á poco la índole del mismo, multiplicándole por sus frutos. En una palabra: principiar la obra por el individuo, por el hombre en particular, inspirándole nuevas ideas, infundiéndole nuevos sentimientos, ordenando sus acciones, y presentando un término grande, sublime y legítimo á sus aspiraciones, para que su carácter se imprimiese en la familia, y en su multiplicacion formase la nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua.

Este es, hermanos míos, el plan divino para la restauracion del mundo por Jesucristo: esto lo que hizo que la nueva vida se introdujera en la sociedad á despecho y á pesar de la resistencia de la misma sociedad, que por medio de sus poderes y de sus filósofos hizo tan desesperados esfuerzos durante tres siglos, para oponerse á la obra de Dios, y que admirándose de verse cristiana, cuando presumia poder borrar del mundo el nombre de cristiano, se vió precisada á decir: *El dedo de Dios está aquí* (1), y á postrarse ante la Cruz, hácia la cual se sentía atraída por fuerza irresistible, segun el anuncio de Jesucristo (2). Esto acredita de profundamente sábio

(1) Exod. VIII, 19.

(2) Joann. XII, 32.

el consejo de Gamaliel á los primeros perseguidores del cristianismo: «Dejad á esos hombres, les decia: si es obra ó consejo humano su doctrina, por sí misma se disolverá; si es de Dios, jamás tendreis fuerza para resistir á su poder.» (1) ¡Qué prueba más brillante de la divinidad del Evangelio! Esto, en fin, demuestra por qué tan pronto se dilató por el mundo y le regeneró: era obra de Dios. Somos de ayer, decia Tertuliano al Senado de Roma, y ya lo llenamos todo; vuestras ciudades, islas, fortalezas, las aldeas, los comicios, los campamentos, el palacio, el Senado, el foro: no os dejamos libres más que vuestros templos (2). Todavía no era cristiano el imperio, ni sus filósofos, ni sus legisladores, y ya el mundo llevaba impreso el sello del cristianismo.

Segun este designio eterno, Jesucristo, á quien las profecías anunciaron como un Rey, cuyo imperio debia ser sin límites de lugar ni tiempo (3), no quiso aparecer entre los hombres con el aparato de la majestad y de la fuerza que avasalla y domina. La fuerza abate, humilla, esclaviza, pero no regenera: obra sobre el cuerpo, no sobre el alma. El que quiere imponer su voluntad por la fuerza, debe temer que otra fuerza se le oponga, y que tarde ó temprano sacuda el yugo. Un dia los judíos quisieron proclamarle Rey, y darle autoridad de tal sobre ellos: Jesucristo se escondió, retirándose durante la noche para impedirlo (4). Quería ser lo que habia anuncia-

(1) Act. Apost. V, 38, 39.

(2) Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola vobis relinquimus templa. (*Tertul.*, Apologet., cap. 37.)

(3) Psalm. LXXI.

(4) Joann. VI, 15.

do Isaías, el Padre del siglo venidero (1), el Padre de la nueva sociedad, el Padre que engendra, no el Señor que domina, el Padre que educa, no el monarca que obliga. Recordad sus palabras en presencia del Presidente Romano que le preguntó si era Rey: «Tú lo dices que soy Rey, le contestó; pero mi reino no es de este mundo, no es de aquí;» es decir, no recibe su fuerza de los hombres, ni de las leyes de la tierra: es de un origen y de un carácter superior. Yo soy Rey, y he venido al mundo para dar testimonio á la verdad: todos los que son de la verdad oyen mi voz, entran en mi reino. He venido á enseñar la verdad, y ella forma la base y la ley de mi reino; ella es el medio por el cual voy á reinar sobre los corazones, y á cambiar la faz del universo.

La verdad, Señores, es lo que es, la expresion genuina de la naturaleza de los séres, y de las relaciones que hay entre el Creador y la naturaleza creada, y las partes de esta entre sí. Relacion de dependencia del inferior al superior, y de autoridad del superior sobre el inferior; relacion de semejanza, de union, de igualdad entre los que ocupan el mismo grado. Esta verdad es la que constituye la armonía, el orden, la paz, la felicidad en el individuo y en la sociedad; y Jesucristo viene á establecerla restaurando todas las cosas para que ocupen su posicion respectiva, enseñando al efecto al hombre á conocer lo que es en sí mismo, y en sus relaciones con Dios y con los demás hombres, y á vivir conforme á este conocimiento. Para llegar al fin propuesto, presenta en sí mismo el modelo, como padre que ha de servir de ejemplar á sus hijos, y dice á los que le escuchan y le siguen: «Aprended de mí (2); os he dado ejem-

(1) Joann. XVIII, 36, 37.

(2) Matth. XI, 29.

plo; haced lo que yo he hecho (1); haced esto y vivireis.» (2)

Hay, hermanos míos, en los Libros Santos palabras que se leen cada día y se meditan pocas veces, tal vez nunca. ¿Habeis si no meditado por qué Jesucristo se llama continuamente á sí mismo *Hijo del hombre*, cuando nadie, ni aun sus discípulos, le daban este nombre, que parece querer presentar como su distintivo y su título de gloria? ¿Qué sentido tiene esa palabra? San Agustin dice que con ella quiere Jesucristo recordarnos el inefable amor que nos manifiesta en su Encarnacion (3). Es verdad, pero debe haber algo más. El Nazianceno añade: «Quiere probar con ello que como hombre no tiene otro padre que Adán, el primer hombre, cuya naturaleza ha tomado.» (4) Ciertamente también; pero aún no satisface esta razón. San Epifanio cree que se propone significar con ello, que es el anunciado con este título por los Profetas (5). No hay duda; pero ¿por qué los Profetas le dieron ya ese nombre, que él toma como distintivo? Yo creo, Señores, que lo hace para realzar en su persona á la humanidad, envilecida por el pecado y por las doctrinas de la antigua filosofía; para manifestar que en él se compendia toda la humanidad, que es su representante, su cabeza, el segundo Adán figurado

(1) Joann. XIII, 15.

(2) Luc. X, 28.

(3) *Commendat nobis quid misericorditer dignatus sit esse pro nobis, et velut mysterium commendans admirabilis incarnationis suae, nomen hoc saepius auribus nostris insinuat. (S. Aug., de Concord. Evang., lib. 2, cap. 1.)*

(4) *Christus voluit dici filius hominis, id est, filius Adam, ut sonant Hebraea, ut se patrem hominem non habere ostendat, sed per Virginem Matrem ex Adam usque genus traxisse. (S. Greg. Naz., Orat. 4 de Theol.)*

(5) *Ut ostenderet se eum esse, quem Prophetæ humanam naturam sumpturum prædixerant, quemque filium etiam hominis appellaverant. (S. Epiphani., advers. Nætianos, hæres. 57.)*

por el primero, el Adán que con su espíritu vivifica á toda la humanidad, segun la frase del Apóstol (1). Por ello dice él mismo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (2), y se ha hecho segun San Pablo causa de salud para todos los que creen en él (3). En Jesucristo se nos presenta el hombre en todos sus estados. Vedle, dice un filósofo, vedle descendiente de sangre de reyes, y en su indigencia privado hasta del asilo más humilde en esta misma tierra á que viene, representando en este doble estado á la humanidad entera. Pobres desafortunados, que llevais el peso del trabajo y del dolor, familia innumerable de la Providencia, venid á Belén á contemplar á este niño recostado en un pesebre y envuelto en pobres pañales: venid, y reconoced á vuestro hermano. Reyes, venid tambien y humillaos delante de vuestro Rey. Desterrados, arrojados de vuestros pueblos, tribu errante, seguid á este mismo Niño á la tierra extranjera, á donde va huyendo de la persecucion. Pasa ésta, y él vuelve, y en el espacio de treinta años de una vida oscura, cumple el destino del hombre, comiendo el pan que gana con el sudor de su rostro. Sometido á todos los deberes, obedece á María y á José, y con ellos cumple los preceptos de la ley (4). Llegado el tiempo en que debe manifestarse al mundo, sale del taller del artesano, y principia su vida pública. Instruye, corrige, reprende, manda, ejerce todas las funciones sociales. Los cuidados de la autoridad, las fatigas del poder, los sacrificios de la caridad, las virtudes del hombre-sacerdote y del hombre-rey, son

(1) I Cor. XV, 45.

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Hebr. V, 9.

(4) Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia, p. 1, cap. 35.

los grandes objetos que admiramos en Jesucristo. En sus vigiliias, en sus trabajos, ningun sentimiento le es extraño: su corazon está abierto al amor filial, á la amistad sincera, á la compasion general: toma parte en nuestras alegrías y en nuestras aflicciones; asiste á las bodas de Caná, y ayuna cuarenta dias en el desierto. Se entenece y llora como nosotros, acoje con indulgencia á los arrepentidos, y se indigna contra los crímenes de una voluntad perversa. Las injurias, la calumnia, la negra traicion, la ingratitud, el rencor y sus furores le persiguen: se forman tramas y maquinaciones para perderle, se le tienden secretos lazos, la envidia ha resuelto vengarse de sus beneficios. En una palabra, el destino humano es en todas las cosas su destino (1).

¡Con cuánta razon, pues, se llama Hijo del hombre! ¡Cuán profundamente misterioso es el sentido de la palabra que dijo Pilato al presentarlo coronado de espinas delante del pueblo: *Ved aquí al hombre: ECCE HOMO* (2). Cada una de sus palabras, cada una de sus acciones, lleva este carácter, está animada de este espíritu, y todas juntas, palabras y acciones, forman el Evangelio, la buena nueva, la nueva de salvacion, el gérmen vivificador del individuo y de la sociedad. Cuando ha consumado su obra, dice á sus Apóstoles, á los testigos de toda su vida: *Id*, predicad el Evangelio á todas las naciones (3): *Id*, presentad este modelo al hombre en todas partes: el que creyere en él, se salvará (4). Sembrad esta semilla divina en todos los corazones; alumbrad con esta luz al mundo entero; yo estaré con vosotros hasta la con-

(1) Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia, p. 1, cap. 35.

(2) Joann. XIX, 5.

(3) Matth. XXVIII, 19.—Marc. XVI, 15.

(4) Id. id., 16.

sumacion de los siglos (1). Segun la promesa del Profeta, yo enviaré mi espíritu y se renovará la faz de la tierra (2).

Cumplieron los Apóstoles el precepto de su maestro, predicaron el Evangelio, y la faz de la tierra se renovó, del modo más completo y admirable. ¿Y quiénes eran los Apóstoles, y de qué medios disponian? No tenian la fuerza que oprime y somete: eran pocos, eran pobres. Jesucristo les habia dicho: «El Hijo del hombre no ha venido á mandar y exigir servicios, sino á servir (3); así vosotros no querais dominar, sino servir á todos.» (4) Tampoco poseian la ciencia. La ciencia jamás fundó una sociedad, ni jamás fué bastante á restituirle el equilibrio perdido (5). Los Apóstoles carecian de ella, eran hombres rudos y groseros. San Pablo, que la habia adquirido, la despreciaba cuando ejercia las funciones de Apóstol (6). Es que no iban á discutir, sino á enseñar; á presentar á vista de los pueblos á Jesucristo, y decirles: Si quereis ser felices, copiad en vosotros este divino modelo. «Predicamos, decia San Pablo, á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero virtud y sabiduría de Dios para los llamados á la fe (7); y nos preciamos de no saber otra cosa que á Cristo crucificado.» (8) Oyó el mundo esta palabra, contempló este modelo, recibió en su seno esta semilla, y el pequeño grano de mostaza se convirtió en árbol fron-

(1) Matth. XXVIII, 20.

(2) Psalm. CIII, 30.

(3) Matth. XX, 28.

(4) Id. 26.

(5) *Balmes.*

(6) I Cor. I, 17.—II, 1 et seq.

(7) Id. I, 23.

(8) Id. II, 2.

doso para cobijar bajo de sus ramas á todo el género humano (1).

¿Qué hay, pues, en Jesucristo? ¿Qué hay en el Evangelio, que tan poderosamente ha obrado la regeneracion social, el engrandecimiento de la sociedad moderna sobre la antigua? Veámoslo, Señores, si os place escucharne.

## SEGUNDA PARTE.

He dicho, hermanos míos, que en su misericordioso designio de regenerar y engrandecer á la sociedad, llevando á su seno un principio fecundo de vida y de felicidad, Jesucristo se propuso obrar sobre el individuo, sobre el elemento más simple de aquella, para que su accion fuese tanto más fecunda, cuanto más natural, y más directa, por así decirlo, sobre el corazon y las entrañas de la sociedad. Para ello enseña al hombre la verdad, le conduce á la santidad. Le enseña la verdad, le da la ciencia de Dios, verdad infinita é inmutable, cuyo conocimiento constituye la vida eterna, en frase del mismo Jesucristo (2); porque descubre al hombre el origen de todas las cosas y las relaciones que las unen entre sí. Le enseña la verdad dándole la ciencia del hombre, mostrándole su origen y su destino, que le hacen conocer su grandeza y sus deberes. «En tu origen, le dice, eres la obra de Dios, la imágen de Dios; en tu destino,

(1) Matth. XIII, 31, 32.

(2) Joann. XVII, 3.